

Crianza y maduración del hombre Friedrich Nietzsche

Escuela Zaratustra II



Comentarios a las vidas y obras de Simón Bolívar y Friedrich Nietzsche.

**Sesión 3. Conferencia elaborada por Frank David Bedoya Muñoz.
Presentada en la Casa Museo Otraparte en Envigado el 15 de septiembre de 2007.**

* *
*

Cada vez que intento imaginarme a Nietzsche niño o joven, veo a un chico bastante, y profundamente serio. No tímido, ni solapado, ni el sapo fastidioso de la clase. No, un hombre que desde pequeño, nunca dejó de meditar y analizar su propia existencia, que miraba más allá de sus propias narices, un ser que quería hundirse en los más profundos abismos de la existencia humana. No, Nietzsche no era el típico niño juicioso, sólo que desde su más temprana infancia, angustiado trataba desesperadamente de conocerse a sí mismo, con una exigencia y un amor a la verdad de unos extremos increíbles, siempre en guardia consigo mismo, siempre en guardia contra los engaños que uno mismo se crea y se cree.

No había una postura vanidosa en esta forma de existencia. El niño Nietzsche no hacía las cosas para que lo vieran. No posaba para los demás, todo lo contrario. Este hombre desde muy temprana edad se concibió como un solitario. Nietzsche como él mismo dijo en una ocasión, “fue la soledad hecha hombre”.

Notarán ustedes que en esto no aparece nada que celebrar, esta soledad y esta forma de

existencia, más que sosiego, lo que significaba era constante tensión, dureza, la seriedad necesaria para meditar la existencia. No fue fácil la vida de Nietzsche, y aún así su vida, no fue de resentimiento, todo lo contrario, fue afirmación constante de la existencia, fue la voluntad de superarse a sí mismo. Del cumplimiento cabal de aquel mandato griego: “Conócete a ti mismo.” Conocimiento que si va hasta las últimas consecuencias conduce a un profundo dolor. La gesta nietzscheana, será atravesar ese profundo dolor y salir indemne, bailando, sonriendo, con una carcajada dionisiaca, creando valores, criticando al hombre hasta las últimas consecuencias, diciendo finalmente a la vida: he aquí al hombre, el que te veneró, el que te padeció y te conoció. El hombre que se hizo libre diciendo a la vida, venga pues, vamos a vivir, tenéis un sí.

El día de hoy voy a detenerme en algunos episodios fundamentales de la infancia y juventud de Nietzsche. Y dado que hoy contamos con la correspondencia de esta primera etapa de su vida, gracias a la Editorial Trotta que está en la empresa de traducir a nuestra lengua, por primera vez, la correspondencia completa de nuestro filósofo, voy a complementar este estudio con algunos fragmentos de las cartas del joven Nietzsche, donde voy a hacer hincapié en sus propios testimonios sobre el encuentro con sus dos más grandes influencias. Para los que quieran profundizar, los exhorto para que lean la monumental y mejor biografía que se ha hecho del filósofo. La obra *Friedrich Nietzsche* de Curt Paul Janz, traducida al castellano y editada por Alianza Editorial.

Friedrich Nietzsche nació en una localidad de Alemania llamada Röcken, hijo de un pastor protestante llamado Karl Ludwig Nietzsche y de Franziska Oehler, mujer profundamente cristiana, que soñó con ver convertido a su hijo en otro pastor cristiano, pero la vida no la va complacer y ya sabremos en qué se va a convertir su pequeño Fritz.

En 1858 pensando en su infancia, Nietzsche escribió: “Muy pronto fueron desarrollándose varias características. Tales como cierta calma y tendencia a permanecer callado, características que me mantuvieron ligeramente alejado de los otros niños, junto a ellas iba brotando ocasionalmente el apasionamiento. Totalmente al margen del mundo exterior, viví en el seno de un círculo familiar feliz; el pueblo y su entorno más cercano fueron mi mundo, todo lo distante constituía para mí un reino mágico desconocido.”¹

¹ Citado en: Rüdiger Safranski, *Nietzsche Biografía de su pensamiento*, Fabula Tusquets Editores, 2001, p. 379.

Nietzsche va a sentir una admiración profunda por su padre, a pesar de que se fuera a distanciar tan drásticamente de sus pensamientos. Siempre conservó el más grato recuerdo de él, como un hombre dotado de un gran espíritu, serenidad y sensibilidad. Y si bien no siguió el camino de la religión, sino todo lo contrario, sí heredó de su padre el sentido del deber y la diligencia del trabajo.

Cuando tenía tan solo cinco años, murió su padre. Ahora no vayan a pensar que en este seminario a todo mundo cuando es niño se le muere el papá y por eso se hace grande. Nada de eso. Otra vez una circunstancia fortuita. En la historia de Nietzsche esta temprana pérdida fue muy dolorosa. Mucho tiempo después expresó: “Aunque era muy joven e inexperto, yo poseía ya una idea de la muerte; el pensamiento de verme separado siempre de mi querido padre me llegó muy adentro y lloré con gran amargura.”² En adelante quedaría en la garras de su piadosa madre y su púdica hermana que lo saturaron de moralismo y beatitud. Más adelante dejaré en palabras del mismo Nietzsche su juicio sobre esto.

De su vida escolar los biógrafos nos han contado una anécdota bastante diciente de su peculiar personalidad. El testimonio es de su hermana: “«Un día al acabar el colegio, cayó una gran tormenta sobre el lugar. Nosotros mirábamos el Callejón del Cura de arriba abajo, esperando ver a nuestro Fritz. Todos los chicos salieron de estampida hacia sus casas, como un rebaño salvaje. Por fin apareció también Fritzchen que avanzaba tranquilamente, con su gorra resguardada bajo su pizarra, sobre la que había extendido su pequeño pañuelo... Como nuestra madre, al verlo llegar absolutamente empapado, comenzó a hacerle reproches, él respondió muy seriamente: «Pero, mamá, en el reglamento escolar se dice que los alumnos, al abandonar la escuela, no deben saltar ni correr, sino que se dirigirán tranquila y correctamente a sus casas».”³

Nietzsche era pues un hombre introvertido con los demás, pero extrovertido consigo mismo, si se permite decirlo así. En su época escolar escribió más de ocho esbozos autobiográficos. Recordemos aquello que decíamos en la primera conferencia. Nietzsche escribía para sí mismo, para él escribir significaba vivir. Miremos pues, de su propia pluma el balance de su

² *Ibíd.*, p. 379.

³ *Ibíd.*, p. 380.

vida escolar. El que escribe tiene 19 años, y bajo el título *Mi vida* dice:

“Comenzó la época del gimnasio y, con ella, los nuevos intereses y las nuevas inquietudes. Sobre todo fue entonces cuando germinó mi inclinación por la música, a pesar de que el comienzo de las clases casi contribuyó a erradicarla en sus raíces. Mi primer maestro fue un maestro de capilla, con todos los encomiables defectos de un maestro de capilla y, además, de uno jubilado, sin ningún mérito especial. Finalmente, y con la debida lentitud de rigor, llegué a tercero. Ya era tiempo de salir del círculo materno, de desacostumbrarse por fin a esa rutina que es tan nefasta para la vida práctica. Poseía en mí la ciencia de algunas enciclopedias, todas mis posibles inclinaciones se habían despertado ya, escribía poemas y dramas horripilantes y mortalmente aburridos, me martirizaba con la composición de música sinfónica y se me había metido en la cabeza la idea de adquirir un saber y un poder universales, tanto que me hallaba en peligro de convertirme en un completo cabeza de chorlito y en un visionario.”⁴

Afortunadamente fue lo segundo. Nietzsche se fue apasionando fuertemente por el conocimiento, sus intereses fueron siempre los de ensanchar su conocimiento sobre la vida. Eludía una vida tumultuosa y ruidosa, en su adolescencia prefirió tener tan sólo uno o dos amigos. Y éstos lo eran en tanto compartieran con él, la pasión por saber las cosas del mundo. Es con ellos con quienes funda asociaciones académicas para cultivar una producción intelectual. En este contexto escribe su texto *Fatum e historia* provocación juvenil que en otro momento recordaré. Ya lo he dicho, en este joven a pesar de su madre y hermana, nada había de timorato, sólo que su elección fue siempre el reto de la sabiduría. Y en este campo no quedaba lugar para las cosas triviales y ligeras. Es cierto que su tendencia era la soledad, pero una soledad angustiosa de un creador que siempre estableció una distancia, eso indudablemente tendría luego nefastas consecuencias para su vida afectiva. Nietzsche fue un completo fracaso para conquistar alguna mujer. Su camino no sería el que quería su madre, el sacerdocio. Nietzsche no había nacido para dogmas, había nacido para la verdad, para la música, para el arte, para la filosofía. No renunció a su destino de ser cura para hallar los placeres del mundo burgués trivial. Su seriedad lo concentraba en el camino del conocimiento.

⁴ Friedrich Nietzsche, *Mi vida*. Tomado de www.nietzscheana.com.ar

Pero volvamos al joven que está tomando posición en el mundo. En una carta a su hermana Elizabet en 1865 le expresaba lo siguiente:

“¿Es realmente tan difícil aceptar simplemente todo aquello en que hemos estado educados, todo lo que poco a poco ha echado raíces profundas, lo que en los círculos familiares y en muchas buenas personas vale como verdad, lo que además también consuela y eleva a los hombres? ¿Aceptar simplemente todo esto es más difícil que emprende nuevos caminos en las luchas con las costumbres, con la inseguridad del proceder autónomamente, entre las frecuentes vacilaciones del espíritu, incluso de la conciencia, a menudo sin consuelo, pero siempre con la meta eterna de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno? ¿De lo que se trata, entonces, es de alcanzar la idea de Dios, del mundo y de la redención, en la que uno se encuentra muy cómodamente? ¿Pero no es más bien algo indiferente al resultado de la investigación precisamente para el verdadero investigador? ¿Buscamos nosotros entonces en nuestra investigación paz, tranquilidad y felicidad? No, sólo la verdad, aunque ésta fuese sumamente horrible y repulsiva. [...] Aquí se dividen los caminos de los hombres; si quieres alcanzar la paz del alma y la felicidad, entonces, cree; pero si quieres ser un discípulo de la verdad entonces investiga.”⁵

Días después escribe para sus amigos un ensayo realmente conmovedor y vaticinador, puesto que anuncia, sin él mismo saberlo, buena parte de su destino como filósofo. Ya lo había mencionado: *Fatum e historia*. Escuchemos: “Si pudiéramos contemplar la doctrina cristiana y la historia de la Iglesia con mirada exenta de prejuicios, nos veríamos obligados a expresar algunas opiniones opuestas a las ideas generales vigentes. Pero, sometidos desde nuestros primeros días al yugo de las costumbres y de los prejuicios, frenados por las impresiones de nuestra niñez en la evolución natural de nuestro espíritu y determinados en la formación de nuestro temperamento, casi nos creemos obligados a considerar delictivo la elección de un punto de vista más libre desde el que poder emitir un juicio no partidista y en concordancia con los tiempos sobre la religión y el cristianismo. Un intento de este género no es obra de unas cuantas semanas, sino de una vida. Pues, ¿cómo podría destruirse la autoridad de dos milenios garantizada por tantos hombres insignes de todos los tiempos, con el resultado de unas meditaciones juveniles? ¿Cómo sería posible que las fantasmagorías y

⁵ Friedrich Nietzsche, *Correspondencia I*, Editorial Trotta, 2005, p. 336.

las ideas inmaduras vinieran a sustituir a todos los sufrimientos y las bendiciones que el desarrollo de la religión ha enraizado en la historia del mundo?”⁶ Este joven de 18 años, aún no se alcanza a imaginar que 26 años más tarde estaría sentenciando y concluyendo en su *Ecce Homo*. “¿Se me ha comprendido? – Dioniso contra el crucificado...”

Este joven, ya saben pues, no tomará propiamente el camino de la santidad, sino todo lo contrario. Aún así sigue siendo un joven extremadamente juicioso y dedicado a su estudio.

Concluye los estudios en el Gimnasio de Pforta, con un trabajo sobre Teognis de Megara. Después se inscribe como estudiante de teología en Bonn. Aún no quiere romper las expectativas de su madre quien sueña verlo convertido en pastor. Se hace miembro del seminario de historia del arte y de otras asociaciones académicas. Y asiste a las lecciones de filología clásica de Ritschl.

El Joven comienza a rebelarse, ya no quiere ese llamado teológico. En una carta dirigida a su madre y a su hermana expresa el siguiente y fuerte reclamo:

“Hemos vuelto a caer en la vida de nuestro trabajo rutinario, de los pensamientos de siempre, de los ajetreos y de las distracciones. ¡Qué importante es para mí el día, y cuántas cosas se deciden o se deben decidir en el angosto ventrículo cerebral! ¿Es realmente tan simple para vosotras soportar esta existencia llena de contradicciones, en la que la única cosa clara es que nada es claro? Tengo siempre la impresión de que vosotras pasáis por encima de ella tomándola en broma. ¿O estoy equivocado? Si estoy en lo cierto, qué felices tenéis que ser. O vuelvo a oíros hacer bromas también sobre esto: es el baúl, es sólo el baúl el que lo pone de mal humor. ¡Qué ingenuidad! ¡Inimitable! ¡Pero qué poco nos comprendemos! «¡Cumple con tu deber!». Bien, queridas mías, lo hago o aspiro a hacerlo, ¿pero dónde termina? ¿Cómo puede saber entonces todo lo que es para mí cumplir un deber? ¿Pongamos el caso de que mi vida esté suficientemente delicada al deber: ¿es pues la bestia de carga más que el hombre, si ella cumple más exactamente lo que se exige de ella? ¿Se ha hecho bastante por la propia humanidad cuando se ha satisfecho todas las exigencias que van unidas a las condiciones en las que hemos nacido? ¿Quién nos ordena que nos dejemos determinar por

⁶ Friedrich Nietzsche, *Fatum e historia*. Tomado de www.nietzscheana.com.ar

las circunstancias? Pero si nosotros no queremos ahora esto, si nosotros nos decidimos sólo a vigilarnos y a forzar a los hombres a que nos acepten tal como somos, ¿qué sucedería entonces? ¿Qué queremos nosotros entonces? ¿Debemos fabricarnos una existencia lo más soportable posible? Hay dos caminos, queridas mías. O bien uno se esfuerza y se acostumbra a limitar al máximo sus exigencias, y reduce lo más posible la mecha del espíritu, buscando las riquezas y los placeres del mundo. O bien sabe que la vida es miserable, se sabe que somos los esclavos de la vida cuánto más queremos disfrutarla, y entonces uno se ve privado de los bienes de la vida, se ejercita en la abstinencia, se es avaro consigo mismo y cariñoso con los otros —por el hecho de que somos compasivos con los compañeros de miseria—, en resumen, se vive según las exigencias estrictas del cristianismo primitivo, no del actual, edulcorado, confuso. El cristianismo no es algo que se puede «vivir a medias», *en passant*, o porque está de moda. ¿Es, pues, la vida soportable? Sí, porque su carga es siempre más suave y ya no hay vínculos que nos aten a ella. La vida es soportable, porque podemos librarnos de ella sin dolor.”⁷

Luego la decisión está tomada, tiene fuertes discusiones con su madre, abandona la teología para dedicarse a la filología. Carrera que le deparará un rápido triunfo académico y que lo llevará con gran disciplina al mundo de los griegos. Pero antes de eso, aparecerá un personaje decisivo en la maduración de Nietzsche: Schopenhauer. Mazzino Montinari, a quien le debemos gran parte del rescate filológico y crítico de la obra Nietzsche, narra este trascendental episodio en estos términos:

“Unas semanas antes de «nacer como filólogo», Nietzsche había conocido la filosofía de Schopenhauer, de quien había adquirido, por casualidad, tras comprarle a un anticuario su obra más importante, *El mundo como voluntad y representación*. Tiempo después, Nietzsche se refería a otros dos autores como descubrimientos decisivos en su vida: Stendhal, en 1879, y Dostoievski, en 1885; pero no cabe duda de que su encuentro con la filosofía de Schopenhauer en el invierno 1865 a 1866 fue un acontecimiento intelectual de mayor repercusión que las lecturas de dichos escritores. Además, Nietzsche descubrió a Schopenhauer en un momento particular de introversión, en ese estado de ánimo de recogimiento provocado por el desencanto de Bonn del que ya hemos hablado; dos años

⁷ Friedrich Nietzsche, *Correspondencia I*, Editorial Trotta, 2005, p. 362.

después describiría ese impacto que le produjo aquella primera lectura: “cada línea clamaba renuncia, negación, resignación; era un espejo en el que podía ver el mundo, la vida, mi ánimo, en una grandiosidad terrible. Desde allí me contemplaba el ojo desinteresado del arte, aquí veía la enfermedad y la curación, el exilio y el paraíso. Me sentí dominado por una necesidad imperiosa de autoconocimiento, incluso de autocorrosión; aún hoy me sirven como prueba de aquel trastorno las páginas inquietas y melancólicas de mi diario, con sus vanas autoacusaciones y el desesperado espejismo de santificación y transformación de todo aquello que constituye la esencia de mi ser. Al presentar ante un tribunal de un tétrico autodesprecio todas mis cualidades y aspiraciones, fui amargo, injusto y desenfrenado en el odio hacia mí mismo. Ni siquiera prescindí de las torturas corporales: durante catorce días seguidos me obligué acostarme no antes de las dos de la madrugada y a levantarme a las seis en punto. Se apoderó de mí la excitación nerviosa, y quién sabe hasta qué punto de locura habría podido llegar si las seducciones de la vida, de la vanidad, y la obligación de estudiar regularmente no hubiesen actuado de contrapeso.”⁸

Uno puede decir que la primera gran liberación de Nietzsche fue Schopenhauer. En una carta de 1866 a un amigo le expresó: “Desde que Schopenhauer nos ha quitado de los ojos las vendas del optimismo, nuestra mirada es más aguda. La vida es más interesante. Aunque pierda en belleza.”⁹. Efectivamente, Schopenhauer se apoderó de su alma, luego tendrá también que emanciparse de él, pero por el momento le abrió los ojos para otros caminos. Días después cuando estaba prestando su servicio militar le confesó a un amigo: “Alguna vez también susurro escondido bajo la barriga del caballo: «Schopenhauer, ayúdame». Su servicio militar no duró mucho porque se cayó efectivamente de un caballo y se liberó del servicio para dedicarse una vez más a sus lecturas, a su filosofía.

Otra gran pasión de Nietzsche fue la música, desde niño comenzó a componer obras religiosas, pero luego, perdida la religión, la música le brindaría las experiencias más sublimes de su existencia. En estos años de amor por la filosofía, se apasionó también por Wagner, y luego tuvo la fortuna de conocer personalmente al gran compositor alemán. Pero démosle la palabra al propio Nietzsche sobre su impresión de ese encuentro, en una carta dirigida a su amigo Erwin Rohde:

⁸ Mazzino Montinari, *Lo que dijo Nietzsche*, Salamandra, 2003, p. 51.

⁹ Friedrich Nietzsche, *Correspondencia*, Editorial Trotta, 2005, p. 397.

“Wagner tocó al piano todos los pasajes importantes de los *Maestros Cantores*, imitando todas las voces de una manera muy desinhibida. Es un hombre fabulosamente vivaz y fogoso, habla muy rápido, es muy chistoso y consigue alegrar enteramente a una reunión de carácter privado como aquélla. Entretanto, mantuve con él una larga conversación sobre Schopenhauer: ¡Ah! Comprenderás qué gozada fue para mí oírle hablar de él con un entusiasmo completamente indescriptible, lo que él le agradecía, cómo Schopenhauer era el único filósofo que había comprendido la esencia de la música; luego quiso informarse sobre cual era la actitud de los profesores respecto a él, se reía mucho sobre el Congreso de filosofía de Praga y hablaba de los «filósofos vasallos». Después leyó una parte de su biografía, que está escribiendo ahora, una escena tan espantosa de su vida de estudiante en Leipzig, que todavía cuando lo pienso no paro de reírme; escribe por lo demás de una manera muy ágil y brillante. Al final, cuando nos preparábamos para marchar, me estrechó calurosamente la mano y me invitó con gran amabilidad a visitarle para tratar sobre música y filosofía.”¹⁰

Schopenhauer y Wagner van a convertirse en la mayor inspiración de Nietzsche. A partir de ese entonces, tampoco se conformará con la filología, su alma no tenía sosiego. La filosofía y la música lo llamaban. Faltaba mucho tiempo para que Nietzsche hallara en sí mismo su impronta indiscutible, mucho tiempo para que Nietzsche fuera indiscutiblemente él. Por el momento este joven, encontraba sus modelos de identificación.

Guardando las debidas proporciones, distancia y respeto, Schopenhauer y Wagner fueron para Nietzsche lo que son hoy Bolívar y Nietzsche para mí. Valga la carcajada y desconfianza, yo aún tengo pendiente muchas liberaciones.

Así culmina la maduración del hombre Friedrich Nietzsche. Schopenhauer y Wagner han robado su corazón, pero por otra parte triunfa en la filología, y su maestro Ritschl lo propone como candidato a ocupar una cátedra universitaria en Basilea, incluso antes de haberse graduado, antes de que surgiera el demonio que llevaba adentro, aquél que lo llevaría a poner en cuestión los casi 2000 años de la humanidad.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 548.

Quisiera terminar esta conferencia con dos textos.

El primero es una hoja de vida que Nietzsche realizó para su entrada en la universidad de Basilea. Es un buen balance, pero en éste está ausente su nueva pasión por Schopenhauer y Wagner. Era muy difícil para ese formalismo incluir dicha pasión en ese momento. Miremos un poco.

“Yo, hijo de un pastor protestante rural, nací el 15 de octubre de 1844 en el pueblo de Röcken, no lejos de Merseburg, y allí transcurrieron los primeros cuatro años de mi vida. Pero cuando la prematura muerte de mi padre nos obligó a buscar un nuevo hogar, mi madre eligió Naumburg. Aquí, en un instituto privado, fui preparado para el Instituto diocesano del mismo lugar, pero no lo frecuenté durante mucho tiempo...”

Y el segundo texto, para cumplirles mi anuncio de hace un momento, y mostrarles el juicio final de Nietzsche sobre su infancia y su familia, un fragmento de su maravilloso *Ecce Homo*:

“Considero un gran privilegio el haber tenido el padre que tuve: los campesinos a quienes él predicaba –pues los últimos años fue predicador, tras haber vivido algunos años en la corte de Altenburgo- decían que un ángel habría de tener sin duda un aspecto similar. – Y con esto toco el problema de la raza. Yo soy un aristócrata polaco, pura sangre, al que ni una sola gota de sangre mala se le ha mezclado y menos que ninguna sangre alemana. Cuando busco la antítesis más profunda de mi mismo, la incalculable vulgaridad de los instintos encuentro siempre a mi madre y a mi hermana, -creer que yo estoy emparentado con tal *canaille* {gentuza} sería una blasfemia contra mi divinidad. El trato que me dan mi madre y mi hermana, hasta este momento, me inspira un horror indecible: aquí trabaja una perfecta maquina infernal, que conoce con seguridad infalible el instante en que es posible herirme cruentamente – en mis instantes supremos,... pues entonces falta toda fuerza para defenderse contra gusanos venenosos... la contigüidad fisiológica hace posible tal desarmonía preestablecida... Confieso que la objeción más honda contra el «eterno retorno», que es mi pensamiento auténticamente *abismal* son siempre mi madre y mi

hermana.”¹¹

¹¹ Nietzsche Friedrich, *Ecce Homo*, Alianza Editorial, 2002, p. 29